

Donna Leon

Sin Brunetti



Donna Leon es conocida mundialmente por la serie de novelas policíacas protagonizadas por el célebre comisario Brunetti, que cuenta ya con cientos de miles de lectores incondicionales en Europa y Estados Unidos. En esta ocasión, la exquisita ironía, el refinado humor, la incisiva y desencantada visión del mundo, tan presentes en sus novelas, son la columna vertebral de este libro «sobre Venecia, música, seres humanos y libros».

Sin Brunetti reúne cincuenta y dos textos, algunos aparecidos en periódicos o revistas europeos, ocho de ellos inéditos, y todos publicados por primera vez en español. Por estas páginas desfila una Venecia sin Brunetti, la misma que lo acoge cuando cobra vida; la música, esencial para Donna; y multitud de anécdotas, como sus experiencias en Arabia Saudita, su relación con América o con su familia, o sugerencias para escribir novela negra.

No se puede leer este libro sin reírse a carcajadas en unos momentos, asentir dramáticamente en otros, o llevarse las manos a la cabeza. Perfectos para ser leídos en voz alta, estos textos transmiten toda la empatía y humanidad de Donna Leon, toda la fuerza de sus novelas. Porque Donna Leon, incansable observadora, sutil provocadora, no sabe vivir sin actuar, hablar sin pronunciarse, escribir sin llegar al lector.

Índice de contenido

Cubierta

Sin Brunetti

Sobre Venecia

Mi Venecia

El latido de la ciudad

Basura

El Casino

Burocracia italiana

Incidente diplomático

Non mangiare, ti fa male

Nuevos vecinos

La casa del infierno

Una vecina

Da Giorgio

Sobre los pobres

Sobre la música

Una noche de perros en la Ópera

De la belleza y la libertad en la Ópera

La serva fedele (Bartoli)

Da Capo (Callas)

Anne Sophie von Otter

Deformazione professionale

De humanos y animales

Ratones

Cazadores

Gladys

Topos

Cesare

Tejones

La mujer de Dübendorf

Dígame que me perdona, profesor Grzimek

Parte de guerra

Blitz

La primera vez que comí ojo de cordero

De los hombres

Pechos

El hombre italiano

Las cosas que se dicen en la cama

Instintos

¡Oh, lindo piececito!

«Una gilipollez»

Un trivial juego erótico, o «Sí, soy una puritana»

Necesito algunos hombres buenos

El promotor

Arabia Saudí

El hombre neoyorquino

Sobre Norteamérica

Mi familia

El imperio del tomate

El funeral de mi madre

Gorditos

Quedaríamos hechos hamburguesa, señora

De Sprüngli y la CNN

Sobre los libros

Los monstruos del correo electrónico

Con Barbara Vine

Sin lágrimas por Lady Di

Manipulación del lenguaje

Sugerencias para escribir novela negra

Cena con un médico norteamericano

Sobre la autora

Notas

SOBRE VENEZIA

MI VENECIA

En la segunda parte de *Enrique VI*, de Shakespeare, uno de los personajes dice: «Que lo primero que hagamos sea matar a todos los abogados». Cuánto más agradable no sería la vida contemporánea si pudiéramos decir: «Que lo primero que hagamos sea matar a todos los automovilistas». Si parece muy drástica la medida y uno desea escapar del automóvil y de todo lo que hace con nosotros, quizá lo más aconsejable sea irse a vivir a Venecia. Buena parte de la satisfacción que me produce vivir en Venecia se debe a esta razón: no hay coches. En principio, la cosa parece simple — y sin duda eso pensará la mayoría—: si no hay tráfico, no hay ruido ni contaminación. Pero Venecia tiene las tres cosas, y más de lo que en justicia le correspondería. Sin embargo, la ausencia de coches contribuye a alegrarnos la vida en otros aspectos, aspectos que hoy considero más importantes, aunque también Venecia tenga su tráfico, su ruido y su contaminación.

Como estamos obligados a ir a pie, tenemos que encontrarnos. Es decir, todas las mañanas los habitantes de Venecia hemos de vernos, cruzarnos o coincidir en nuestros desplazamientos. Ello propicia la conversación casual, el intercambio de información sobre el mundo o la vida personal, lo que sirve de pretexto para un café o un *ombra* que, a su vez, te harán relacionarte con otras personas y generarán más conversación y más intercambio de información.

Por lo tanto, como no hay coches, Venecia es, por lo menos para los residentes, lo que los meros números hacen de ella: una ciudad provinciana de apenas setenta mil habitantes en la que el principal medio de distracción es el cotilleo y en la que, por consiguiente, no hay secretos. Para averiguar lo que sea de quien sea, nada como esos casuales encuentros matutinos, en los que no falta quien te pre-

venga acerca del anticuario, el dermatólogo o determinado empleado de tal o cual oficina pública. En el aspecto positivo, estos contactos pueden conducirte al ebanista honrado o al mejor puesto de pescado del mercado de Rialto.

Desde luego, esta clase de información se puede obtener en cualquier otro sitio, pero en otras ciudades te exige usar el coche o el teléfono. En Venecia, el informador te sale al paso y, por lo general, el pago es un simple café y un *brioche*.

Otro de los alicientes de la Venecia sin coches es análogo al otorgado a la Miss Brill del relato de Katherine Mansfield: el de atisbar en las vidas ajenas. Durante años, te cruzas en la calle con las mismas personas; al cabo de unos meses, o de años, esbozáis un movimiento de cabeza, una sonrisa o cualquier otra forma de saludo. Aunque nunca salen de un amable anonimato, un día las ves con otra pareja, o con niños que luego aparecerán con sus propios niños. Envejecen, andan más despacio, algunas desaparecen, y siempre te quedan las preguntas de quiénes son, qué hacen o cómo son en realidad.

Por último, la ausencia de coches nos impone día tras día la necesidad de aceptar el límite de nuestra capacidad física. Si queremos una cosa, hemos de poder cargar con ella hasta casa o encontrar a alguien dispuesto a llevárnosla. Ello hace más difícil que nos engañemos respecto al paso del tiempo: estamos más viejos y más flojos, y ya no podemos acarrear las patatas, las naranjas y, además, el agua mineral. Ni hacer todos los recados en un solo día, porque hay que ir de un extremo a otro de la ciudad, o porque los *vaporetti* van muy llenos, o porque hay demasiados puentes.

En suma, yo creo que todas estas cosas, aunque triviales en apariencia, redundan en beneficio de los residentes. Vivimos en una época volcada en el empeño de borrar o negar todas las señales físicas de la edad o la debilidad, y hacer resaltar el valor del individuo. Cada vez nos sentimos

más inclinados a buscar nuestro sentido de comunidad en internet y nos pasamos horas chateando con gentes a las que nunca veremos ni tocaremos. Venecia, aunque sea por accidente y modestamente a veces, contra nuestra voluntad, nos salva de esta tontería.

EL LATIDO DE LA CIUDAD

Uno de los encantos de Venecia es la sensación de misterio que transmite; nunca puedes prever lo que encontrarás a la vuelta de la esquina ni lo que revelará esa puerta que se abre. Novelistas, cineastas, incluso el turista corriente, todos se han sentido atrapados por esta sugestión de que las cosas van a resultar diferentes de como parecen a primera vista.

Para muestra, Alberto Peratoner, guarda de la Torre del Reloj de San Marcos, hijo y nieto de guardas, función con la que él y sus antepasados se han ganado el sustento desde hace casi un siglo.

La Torre del Reloj de San Marcos fue inaugurada el 1 de febrero de 1499 y, durante cinco siglos, ha sido el símbolo perfecto de esta ciudad. A diferencia de todos los relojes de su época y tamaño, este tiene dos esferas. Una mira hacia fuera, más allá de las estatuas de San Teodoro y del León de San Marcos, a las aguas que dieron refugio a los primeros habitantes de la ciudad y que después serían surcadas por las naves venecianas que partían a la conquista del comercio de dos continentes. La otra cara del reloj mira al interior, a la larga y estrecha Merceria y a Rialto, núcleo comercial de la ciudad. Al igual que Venecia, el reloj envejeció y fue objeto de dos grandes restauraciones, una en 1757 y la otra en 1858.

Luigi Peratoner se hizo cargo de la conservación de la Torre y el Reloj de San Marcos en 1916; su hijo Giovanni heredó su puesto en 1945, y Alberto, el actual custodio, entró en funciones en 1986, tras la repentina muerte de su padre. La tarea del guarda del reloj consiste en mantenerlo en buen funcionamiento, lo que supone dar cuerda a su ingente y complicada maquinaria dos veces al día y realizar los ajustes necesarios a fin de que marque la hora exacta.

Es tradición que el guarda resida en la torre, lo que supone no solo vivir junto al corazón palpitante del reloj sino también disfrutar, desde su altura, de la fabulosa vista de una ciudad toda vistas fabulosas.

«Guarda», «conservador»: en otra ciudad, estas palabras te harían pensar en un hombre encorvado, con delantal azul y extrañas herramientas asomando de los bolsillos. Pero, probablemente, un mero «guarda» no sabría interpretar ni la más pequeña anomalía con la debida rapidez.

Pero esto es Venecia, donde pocas cosas son lo que parecen a primera vista. Así, Alberto Peratoner es licenciado en Filosofía, especializado en Pascal, que se encontró metido en este trabajo casi por casualidad, cuando murió su padre, y que, a pesar de sentir el pulso del reloj en la sangre, encuentra su solaz intelectual en la filosofía de Pascal. Ni es encorvado, ni lleva delantal, ni es un solitario sino un hombre que viste bien, se expresa con elegancia y no disimula el amor que siente por su esposa, Rita Morosini. Tampoco puede ocultar su pasión por la música de Händel.

La idea de que Peratoner sea el simple guardián de este reloj, el más célebre del mundo después del Big Ben, no es del todo cierta. No. Él es el hombre que, por haber vivido siempre al lado y hasta dentro de este mecanismo que casi tiene vida propia, identifica cada uno de sus caprichos y suspiros, cada crujido y cada tono de su voz. Conoce íntimamente los efectos que tienen en el reloj la humedad, la presión atmosférica y los cambios de temperatura bruscos, y sabe la manera de neutralizarlos con la aplicación de un aceite de una densidad determinada o el fino ajuste de una palanca.

Si le preguntas cómo sabe qué aceite ha de usar y en qué cantidad, Peratoner sonríe y te responde, citando a Pascal, que se necesita «*esprit de finesse*» para auscultar el corazón del reloj y comprender sus veleidades.

Peratoner explica con satisfacción que Piaget, una de las más prestigiosas firmas de relojería del mundo, ha brin-

dado una generosa ayuda financiera y técnica para contribuir a la restauración del reloj que se llevará a cabo durante los dos años próximos, en los que el reloj será desmontado y transportado a un taller de las afueras de Mantua, donde se sustituirán las piezas desgastadas. Después, será sometido a minuciosas pruebas y devuelto a su torre de Venecia. El 1 de febrero de 1999, el día en que se cumplirán quinientos años de su inauguración, el reloj será puesto en marcha y otra vez medirá los minutos y las horas de los días de Venecia. Es de desear que Alberto Peratoner, custodio y filósofo, regrese a su hogar dentro del corazón que palpita en la ciudad.

BASURA

—*Sporcaccione!* —grité desde mi ventana.

La palabra había salido de mis labios antes de que pudiera darme cuenta. El hombre estaba tres pisos por debajo de mí, con una bolsa de basura en la mano, que se disponía a dejar al otro lado del canal, junto a la pared de una casa en la que había la señal que prohibía dejar basura. El impulso natural, cuando alguien te grita que eres un cerdo asqueroso, es encararte con esa persona y debatir la cuestión, pero imagino que resulta difícil hacer tal cosa con una bolsa de basura en la mano. Lo que hizo aquel hombre fue bajar la cabeza escondiendo la cara, arrojar tranquilamente la bolsa de basura al canal, dar media vuelta y marcharse.

No sé quién era, sin duda, uno de mis vecinos venecianos. No podría reconocerlo, lo que sin duda es una suerte, ya que la indignación me haría repetir mi comentario.

Hace más de treinta años que mantengo un idilio con los italianos, por lo que me duele decir que no poseen ni un ápice de civismo. Basta con una mirada a cualquier espacio público para convencerse: no hay edificio, por bello y venerable que sea, que esté limpio de los estúpidos *graffitti*: las rocas del Alberoni, la única playa en la que aquí se puede nadar, están infestadas de botellas y bolsas de plástico; los ríos desbordan de los mismos detritos y los márgenes de las autopistas estatales serían una mina si Italia aplicara la política de abonar los envases de cristal.

Ayer, mientras esperaba en una embarcación a que mis amigos arreglaran el motor, pude observar durante media hora a los basureros que arrojaban, a la barcaza amarrada delante del cine Rossini, las bolsas de basura recogidas durante la jornada. A pesar de que aquí hay puntos en los que se puede depositar papel y periódicos, aproximadamente la cuarta parte de lo que los basureros echaban a la barcaza

eran sacos y bolsas llenos de periódicos bien doblados, que serían enterrados y quemados en lugar de reciclados. De todos modos, mucha gente piensa que el papel que se deja en los contenedores de reciclado también acaba en la basura. No hay manera de averiguarlo, como con tantas otras cosas en Italia.

El canal estaba cortado y el otro lado había sido drenado con objeto de reparar una tubería del agua. Hacía apenas dos años que se había drenado el canal, en unas obras que costaron mucho dinero y duraron meses, y en tan poco tiempo se habían acumulado en el fondo cinco o seis centímetros de un lodo negro de un aspecto tan horrible que desafiaba cualquier intento de descripción o análisis. En aquel lodo estaban atrapados los vestigios de dos años de la vida de Venecia: botellas de cerveza, neumáticos, un contenedor de basura municipal de más de un metro de alto e infinidad de bolsas de plástico, indicio revelador de la costumbre de echar la basura a los canales.

Cuando, hace varios años, se limpiaron los canales de los alrededores de La Fenice, yo estuve horas en un puente, mirando la grúa que, en la fase inicial del drenaje, extraía del agua los objetos de mayor tamaño. La garra de la máquina se hundía en el agua negra y al emerger parecía la cabeza de uno de los velocirraptores de Steven Spielberg, porque salía cargada de bicicletas, neumáticos, trozos de metal de lo que podían haber sido muelles de colchón, y hasta una lavadora. Los turistas son responsables de gran parte de los daños que se infligen en el tejido de la ciudad o, por lo menos, de ello se les acusa, pero no me parece plausible que un turista se traiga la lavadora a Venecia, a fin de deshacerse de ella arrojándola a un canal. Por otra parte, la ciudad ofrece un servicio gratuito de recogida de enseres grandes. Las líneas están ocupadas la mayor parte del tiempo, desde luego, pero si consigues comunicar y concertar fecha, los empleados municipales acuden en su barca y se los llevan. De manera que no es necesario que tires

la lavadora al canal. Ni la bicicleta. Ni los muelles del colchón. Ni el colchón.

Tengo amigos que, de niños, habían nadado en los canales. Sus padres utilizaban sus aguas para cocinar. Ahora la idea de caer en uno de esos canales negros y lentos sugiere imágenes de un horror dantesco, una experiencia a la que una no desearía sobrevivir.